

JOSE CELESTINO MUTIS EL PAPEL DEL SABER EN EL NUEVO REINO

OLGA RESTREPO FORERO

INTRODUCCION¹

El presente artículo pretende contribuir a la comprensión del significado y los límites de la obra de José Celestino Mutis en el contexto del Nuevo Reino de Granada, donde eligió desarrollarla. Este enfoque que parece devolver el trabajo historiográfico a la biografía, tan inusual dentro de los círculos académicos de hoy, merece una justificación.

En primer lugar, la historia de las ciencias en Colombia ha tenido un desarrollo muy limitado: relativamente pocos individuos con alguna preparación y sensibilidad han elegido éste como su campo de interés; la cobertura de problemas, en consecuencia, es relativamente pobre. Entre los temas abordados por la tradición, ninguno tan explorado como la Expedición Botánica, de la cual se han publicado, al menos, medio centenar de libros de diversa índole; biografías, crónicas, bibliografías, panegíricos, monografías y recopilaciones precedidas de estudios introductorios, o comentadas, o simples colecciones de escritos de los participantes en la expedición. Más particularmente, la figura de Mutis ha acaparado la atención de cronistas, historiadores y ensayistas: buen número de trabajos sobre la Expedición Botánica están dedicados a estudiar la vida y obra de su director. Y, sin embargo, con raras excepciones, la historiografía de la Expedición Botánica no se ha apartado del camino trazado por Florentino Vezga, quien fue su primer historiador ya hace más de un siglo. Parece que poca distancia nos separa aún de

1 El escrito que publico a continuación forma parte de un trabajo que actualmente estoy terminando sobre cómo los naturalistas han definido su objeto de estudio, y de qué manera han contribuido a difundir una imagen de ciencia y a moldear el papel del científico en la sociedad colombiana.

los años de la llegada de Mutis al Nuevo Reino, y del clima de sensibilidad que inspiró la obra de Vezga. Y posiblemente así sea:

Con la *Memoria sobre la historia del estudio de la botánica en el Nuevo Reino de Granada*, este médico y abogado santandereano se convirtió en el primer historiador de las ciencias en Colombia². En su momento, cumplía la función de contribuir a la difusión de valores y normas de la ciencia y buscaba generar sentimientos de comunidad en un grupo todavía pequeño y disperso de hombres de saber: ante sus contemporáneos la obra definía y justificaba el papel del sabio. Vezga se sintió obligado a mostrar que las actividades que pretendía desarrollar su grupo, el que se congregó en la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, tenían una tradición de logros en el país³. En este libro cobraron forma los temas, posteriormente reiterados, que sacralizan la Expedición Botánica. La intención legitimadora explica la actitud acrítica y poco distanciada en la obra de Vezga. Esta primera historia de las ciencias en Colombia ilumina los valores y las imágenes de ciencia que compartían las élites ilustradas colombianas promediando el siglo pasado⁴.

Pero, ¿y qué decir de los trabajos contemporáneos que repiten idénticos juicios? ¿Estarán animados por la misma urgencia de legitimar el papel del saber en la sociedad? ¿Por qué continúan comprometidos con una imagen de la ciencia tan escasamente secularizada y crítica? Ciertamente, la actividad científica aún no se ha institucionalizado en la sociedad colombiana; aún sus métodos y sus fines deben justificarse en términos de los valores y normas de otras instituciones sociales. Y, en efecto, sus escasas realizaciones no parecen resistir la crítica. No obstante, la imagen de la ciencia que se desprende de la historiografía de la Expedición Botánica le hace un pobre servicio a la necesidad *actual* de definir el papel del científico en la sociedad. Sólo una historiografía crítica puede alcanzar el doble objetivo de comprender la dimensión de la ciencia en el pasado y de ampliar el espacio para la actividad científica en el presente.

En segundo lugar, la intención de este artículo no es hacer una biografía de Mutis; tampoco pretendo seguir su trayectoria en el Nuevo Reino. La acumulación de trabajos ya realizados permite prescindir de

2 La primera parte de la *Memoria*, estaba dedicada a la botánica indígena. La segunda, examinaba la historia de la Expedición Botánica. En ediciones posteriores se incluyó, como tercera parte, un artículo periodístico sobre el progreso del estudio de la botánica desde 1816 hasta 1859. Ver: Vezga, 1860.

3 Sobre esta y otras sociedades de naturalistas ver: Restrepo, 1991: 53-64.

4 Problemas que examiné en una conferencia dictada en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia: "La imagen del científico durante el siglo XIX". Bogotá, 1989.

narrar "los hechos", de repetir sus experiencias y oportunidades vitales⁵. En cambio, es posible plantear los problemas que surgen de las anteriores interpretaciones, y enfocar, con una perspectiva diferente, los horizontes que por la fuerza de la tradición parecen agotados.

Intento situar al individuo, a Don José Celestino Mutis, en el contexto del Nuevo Reino de Granada, con el objetivo de contrastar su discurso y su práctica; sus fines y sus logros; la imagen que proyectó en su época y la que se proyecta de él en la nuestra; su posición social y las características del medio en que actuó; en fin, pretendo comprender las condiciones y los límites de su acción. Aspiro alejarme, eso sí, de las concepciones del Novecientos sobre la historia: no es el héroe o el genio el agente necesario y suficiente para el cambio social. Si bien el foco elegido parece iluminar a un sólo individuo, intento lograr una aproximación histórico-sociológica del repertorio de papeles disponible en una determinada configuración social. De algún modo, a lo largo de doscientos años, José Celestino Mutis ha representado un modelo de papel para un sector importante de las élites cultas colombianas. Este, ya de por sí, es un problema interesante cuando se examina con una mirada menos provinciana, aunque se corra el peligro de chocar contra los molinos de viento del lugar común.

De igual modo me aparto de una manera de ver compartida por varios historiadores de las ciencias en el país, cuyo centro de interés ha sido la difusión de las teorías, métodos y valores de las ciencias. No considero que se deba mantener el supuesto de que la lectura, la cita, el contacto epistolar o personal con los autores y las teorías más revolucionarias, sitúe a nuestros *difusores* en las fronteras del conocimiento; tampoco creo que valga la pena suponer que sus discursos sobre el método guíen sus prácticas rutinarias. Y no sólo porque éstos son generalmente reconstrucciones racionalistas que trazan un camino ideal, no real, del descubrimiento, sino porque interesan precisamente, cuando reconstruyen una práctica de investigación. Un enfoque difusionista permite contrastar el movimiento de la ciencia en los centros, con el curso superficial que sigue en la periferia: el enfoque histórico-sociológico que propongo busca comprender esa distancia.

Una aproximación institucional como esta exige explorar los distintos niveles de organización del trabajo científico y la configuración del papel del saber y del científico en la sociedad que, en el proceso de su confor-

5 El mejor trabajo de interpretación sobre la obra de Mutis, la organización y el significado de la Expedición Botánica, ha sido realizado por el sociólogo José Antonio Amaya, 1982. El presente artículo, con un enfoque diferente, debe mucho a esta enriquecedora monografía. También a los trabajos de Gabriel Restrepo que representan la versión más lúcida de algunos enfoques criticados aquí.

mación, moldea campos de expectativas, obligaciones y recompensas. De otro lado, explora la interdependencia que existe entre la organización de las actividades científicas o intelectuales, las incipientes definiciones de un papel, y los tipos de trabajo que se desarrollan, las líneas de investigación que se consolidan y los modos de abordarlos⁶. En el presente artículo busco reconstruir la configuración social en la que José Celestino Mutis pudo representar un modelo de papel.

CONDICIONES DEMOGRAFICAS Y CULTURALES DEL NUEVO REINO DE GRANADA

El Nuevo Reino de Granada alcanzó el rango de Virreinato sólo a partir de 1717, y esto durante un corto período, hasta 1723. En 1739 se restableció el Virreinato, con un territorio inicial que incluía las actuales Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá. Posteriormente y debido a la tensión entre el poder local y el centralismo del estado Español, se erigió la Gobernación de Venezuela y se restableció la Presidencia de Quito. Hacia 1810, el Virreinato del Nuevo Reino de Granada estaba constituido por Colombia y Panamá solamente. Tantos cambios y readecuaciones en el régimen político-administrativo, característicos del período colonial -como también de los años posteriores a la independencia- buscaban lograr un equilibrio, siempre precario, entre las necesidades de la administración central y los intereses y alianzas regionales.

El buen número de núcleos urbanos fundados hasta el siglo XVIII, y la dispersión de los mismos a lo largo del territorio, no debe hacer perder de vista que el espacio explotado durante la colonia fue bastante reducido, como que se limitó a las zonas aledañas a los centros urbanos. Las ciudades en la práctica sólo eran "unas cuantas manzanas congregadas en torno de una plaza mayor"⁷. Entre una y otra ciudad, con sus zonas circunvecinas de influencia, mediaban grandes distancias, que parecían aún mayores debido a los pésimos caminos y medios de transporte. Estas distancias favorecieron la tendencia característica al autoabastecimiento y propiciaron el surgimiento de una "economía de islas".

La ciudad de Santa Fe, capital del Virreinato, tenía al finalizar el siglo, 18.161 habitantes; 8.122 blancos; 7.350 mestizos, 1.721 indios y 762 esclavos⁸. Comparada con otras ciudades latinoamericanas era ape-

6 En esta perspectiva es particularmente sugerente la obra de Jacques Le Goff sobre la definición del papel del intelectual en la Edad Media y la relación con las estructuras sociales, las prácticas y las mentalidades. Le Goff: 1986.

7 Colmenares, 1987: 16.

8 Silvestre, 1789: 31.

nas una pequeña aldea: ciudad de México sobrepasaba los 100,000 habitantes; Lima llegaba a los 60,000; Santiago de Chile, Río de Janeiro, Caracas y Buenos Aires estaban cercanos a los 40,000⁹.

La densidad de población era muy baja a finales del siglo XVIII. De acuerdo con el censo de 1778, en las 558 ciudades y pueblos que componían la Audiencia de Santa Fe (que incluía a Panamá y excluía a Popayán) había una población aproximada de 826.550 habitantes: 277.068 eran blancos; 368.093 libres o libertos, es decir, mestizos; 136.753 indígenas y 44.636 esclavos¹⁰.

El grupo blanco y mestizo representaba, en conjunto, cerca del 80% de la población; el indígena estaba concentrado en las provincias de Santa Fe, Tunja y Cauca; la más alta densidad de población esclava se dio en las Provincias de Popayán, Antioquia, Cartagena, Chocó, Santa Marta y Río Hacha. Pero también al oriente, en la Provincia de Vélez y los municipios de Girón, Piedecuesta, San Gil y Bucaramanga¹¹.

El proceso de mestizaje adquirió en todo el Virreinato unas dimensiones desconocidas en los Virreinos de Perú y Nueva España, lo cual lejos de eliminar las tensiones sociales y producir un auténtico mestizaje cultural, provocó la necesidad de diferenciación que se hacía por la vía de la mayor hispanización. Cuando se hizo más difícil distinguir al español, al criollo y al mestizo, éste acentuó los rasgos que lo aproximaban al grupo reconocidamente superior: se hizo llamar *don*; se apartó de los oficios indignos; buscó un puesto en la burocracia civil o eclesiástica; se embarcó en mil litigios para probar limpieza de sangre y, por fin, el mestizo y sus descendientes no ahorraron sacrificios para obtener un título universitario en jurisprudencia o teología, títulos que confirmaban sus aires de pertenencia a la élite¹². El mestizaje abría un camino de movilidad social, pero negaba los valores mismos de la movilidad: el universalismo y el logro. El mestizo, lejos de enorgullecerse del ascenso, procuraba borrar todo rastro de su origen.

Las condiciones culturales del Nuevo Reino fueron bastante opacas, si contrastamos con la situación de la Nueva España o el Perú, en cuanto a espacios para la formación, la difusión de las ideas y la actividad de intelectuales y sabios. Veamos comparativamente algunas instituciones y canales centrales de comunicación:

9 Romero, 1984: 144.

10 Silvestre, 1789: 26.

11 Jaramillo, 1974: 10, 11, 170.

12 Jaramillo Uribe: 1968: 163-203.